

ESPAÑA ENCANTADA

La Virgen y los demonios



JORDI LABANDA



Incrustado en la roca, el santuario guarda el secreto de noches terribles

LA CARMETA TÉ ELS malignes.

Carmeta, la dulce Carmeta, ahora pone los ojos en blanco, aúlla, la sacuden convulsiones hasta perder la conciencia. En su diabólica agitación, los brazos de la dulce Carmeta tienen más fuerza que los de sus hermanos, labradores de la ribera del Bergantes. Los insulta groseramente cuando intentan dominar su furia. La dulce Carmeta se niega a rezar, le quema el agua bendita en la piel, brama, escupe. La madre se ruece las manos.

—Té els malignes, té els malignes.

El médico no sabe qué hacer. La familia sí: la Virgen de La Balma. Tiene que ser en las veinticuatro horas que preceden a su fiesta, el 8 de septiembre. Entonces, en la oscuridad de su gruta, la benéfica Virgen limpia a los endemoniados de la posesión diabólica que los tortura.

ESO ERA EN LOS AÑOS 20

de este siglo, eso era en el siglo pasado, en el anterior, en el otro, no se sabe desde cuándo. Hoy ya no hay endemoniados: los psicólogos, los psiquiatras, los neurólogos dejan descansar a la Virgen. La Balma, enclave de multiseccular devoción en el vértice de Valencia, Aragón y Cataluña, apenas conserva recuerdo del plutónico desfile de posesos, locos, energúmenos, orates, neuróticos, pobres gentes enfermas que la Virgen debía sanar. Eso era antes.

Pero la Virgen de La Balma aún manda.

—Ahí detuvo al fuego —señala Consuelo.

El término de Ortells, a cinco kilómetros de aquí, está lunáticamente

Las endemoniadas en la cueva. Una noche para expulsar a Satanás por los dedos. El fuego retrocede ante La Balma. Un gobernador civil contra trasgos y posesos. El tío Senén blasfema y salva la vida. ¡Fusilen a la Virgen! Cada vez hay más exvotos. Un joven descalzo. Las diosas, la estrella Spica y la constelación de Virgo.

Una cerveza con Ángel. La estampita en el coche

Victor-M. Amela
Lluís Amiguet
Kim Manresa (fotos)

te calcinado. El demonio del fuego cabalgaba desde Villarluengo, al suroeste, y rugía a espaldas de La Balma tras devastar diecisiete mil hectáreas de pinares, maquis y carrascas del Maestrazgo turolense y castellonense.

—El fuego llegó a 500 metros de aquí, dio la vuelta y se volvió hacia el pantano de Santolea, quemándolo todo —recuerda Consuelo.

Consuelo y Ángel viven en La Balma desde hace trece años. Son los mantenedores del lugar y regentan un bar bajo la roca. El pasado 4 de julio, cuando las llamas del infierno asomaron al valle del Bergantes, el matrimonio se aprestó para evacuar el santuario. La Bestia encaró su aliento abrasador al reducto de la Virgen, y de súbito invirtió el curso de su pavorosa carrera. Los de Zorita, el pueblo más próximo, se salvaron. Y le han dado las gracias a la Virgen con una misa.

—La Virgen de La Balma tiene el manto muy grande.

LA CONSTELACIÓN DE VIRGO

refulge en el firmamento, y las hogueras tachonan la noche bajo el farallón de La Balma. Murmullos de voces reverberan entre los roquedales: son devotos llegados de pueblos de Aragón, Valencia y Cataluña, caminando, en desvencijadas tartanas, a lomos de mulo y de caballo. Engaviado a media altura en el risco, el santuario gravita sobre el valle del Bergantes, que, en brusco meandro, cambia de rumbo a sus pies.

Lóbregamente, rueda desde arriba el tañido de una campana. La han hecho sonar los hermanos de Carmeta. Es la campana de los pose-

sos: repica cada vez que uno de ellos es presentado ante la Virgen. La familia de Carmeta reza con fervor. Rosarios, novenas. Enciende velas. A Carmeta, junto a otros endemoniados, le atan lazos azules en los dedos de las manos, en los dedos de los pies. Por ahí habrá huido el espíritu maligno si, al amanecer, los lazos están deshechos. Carmeta pasará la noche encerrada en la caverna, con la Virgen de La Balma.

ÁNGEL PINZA CON LOS DEDOS

la mosca que ha caído en su cerveza y la estrella contra el suelo.

—Vine porque me gustó esto —señala el techo de roca—, y cada día me gusta más. Me gusta el contacto con la naturaleza. Aquí estoy mejor que si estuviera en las casas colgantes de Cuenca.

Ángel es de Cuenca. Luce una barbita de chivo perfectamente exigible a un ermitaño. Él y su mujer se consideran auténticos ermitaños. No es excesiva pretensión, pues po-

quisísima gente circula por esta montañosa esquina de la provincia de Castellón hincada en la de Teruel. Ellos velan por todo, sirven bebidas y hasta comidas, se lamentan de que no se promocione el lugar (“las autoridades dicen que como esto es de la Iglesia...”), lo barren, lo limpian. Consuelo quita el polvo en el santuario. Y también al abigarramiento de exvotos.

—¡Los exvotos! Cada día saco algunos, y cada día hay más. ¡Me ganan! Ellos me ganan.

Hay que agacharse para recorrer la cornisa rocosa que conduce hasta la sagrada cueva. Ahí están la Virgen y los exvotos. Una espléndida

trenza de cabello rubio recién cortada, cabezas, manos, pies de cera, trajes de novia, gorras de marino (“por haber vuelto del golfo Pérsico”), abanicos, fotografías, zapatitos de niño, cuadros y dibujos. “Exvoto de Ramón Miró a la Santa Virgen de La Balma por haberse salvado milagrosamente de la riada del día de Pascua de 1900”, reza una pintura que reproduce el trance.

Millones de exvotos han colgado en estos muros de tierra ennegrecida por setecientos años de humo de velas.

CARMETA SE REVUELCA SOBRE

el rugoso suelo de roca, arroja espuumarajos por la boca, profiere horribles blasfemias. ¡Ella, la dulce, la piadosa Carmeta! No está sola en la barahúnda de gritos y quejidos, en las convulsiones y el delirio. Otros posesos mascullan expresiones soeces, sacuden extremidades en temblorosos estertores, desgarran sus vestimentas campesinas. Algunos descubren impudicamente partes desnudas de su cuerpo y desafían la santidad del recinto con salacidades, requiebros lascivos y la osadía de sus lúbricos gestos...

Cuando el sol del alba vuelva a filtrarse en el abrigo de La Balma e ilumine cuerpos desmadrados y exhaustos, carnes arañadas, cabellos sudorosos, girones de ropa y lazos de tela, su luz desvelará quién ha ganado la batalla.

LA BATALLA DE LA BALMA

fue durante la Segunda República, en la prensa local, en los púlpitos, en un oficio del gobernador civil de



Castellón: "He acordado prohibir terminantemente la celebración de la romería de La Balma que debía celebrarse los días 7 y 8 de septiembre". Fecha: 22 de agosto de 1932. Motivo: "No puede considerársela en modo alguno como manifestación de fe religiosa, sino como reminiscencia de tiempos de barbarie y oscurantismo en los que, por ceguera mental de muchos, se admitía la existencia de trasgos y posesos".

Siguieron negociaciones entre el dolido Ayuntamiento de Zorita y el paternalista gobernador, que dulcificó la prohibición: permitió la misa y la feria, pero no la procesión. E insistió en "no consentir en modo al-

guno los espectáculos poco edificantes de los llamados endemoniados posesos".

El decreto no desanimó a los fieles, pero "las fiestas, por primera vez desde el cólera del año 1854, dejaron de celebrarse de la forma tradicional", según escribió entonces el presbítero Ramón Ejarque en su "Historia de Nuestra Señora de La Balma". Y se acabó el jaleo, pues la Guerra Civil ocupó ya al demonio a tiempo completo en España.

IMPETUOSO Y ENÉRGICO, EL bueno del tío Senén, cartero de un pueblo vecino, entró en el Ayunta-

miento de la república anarquista de Vall-de-Roures puño en alto.

—Ave María, Purísima...

Se mordió la lengua. Había que andar despierto, morderse la lengua para no saludar como toda la vida. ¡La Virgen, siempre la Virgen!

A la de La Balma se la veneraba tanto que tuvieron que quemarla: el fuego de la Guerra Civil redujo su antigua talla a dos carbonillos que hoy se ven en una cajita de cristal. Algún cabecilla del Maestrazgo y Bajo Aragón propuso fusilar a todas las tallas de vírgenes y santos de la comarca. Muchas cayeron.

Durante unos segundos, la vida del tío Senén pendió de un hilo. En

el Ayuntamiento, los comecuras le miraban. Silencio sepulcral.

—Me cago en Dios.

Y el tío Senén salvó la vida.

EL DEMONIO ES AHORA UN disfraz de tela pintarrajeado con sapos y culebras. Se lo calza un vecino de Zorita. A este demonio lo derrota una dulcísima niña vestida de ángel en una representación que congrega a cientos de personas cada 8 de septiembre al pie de La Balma, y que anuda la garganta por su tierna sencillez, por la amorosa entrega en la mirada de los que acuden.

—Hay gente que viene desde hace veinte años. De Caspe vienen muchos.

Consuelo y Ángel, ese día, llenan el bar. Ahora mismo —y casi nunca— hay ni un alma, "¡y nos cobran impuestos por módulos, cómo si estuviéramos en Barcelona!". Mañana llegan dos viejecitas desde Benicarló, una de 88 y otra de 94 años, que han pasado aquí los últimos veintisiete veranos en sendas habitaciones excavadas en la venerable roca. A eso se reduce de hecho la rústica hospedería.

Muchos de los actuales visitantes son descendientes de emigrantes de estos pueblos a los que, desde principios de siglo, la hambruna empujó hacia grandes ciudades. Mal llegaron al siglo XX las gentes de Els Ports de Morella y del Maestrazgo después de un siglo XIX desangrado por inacabables refriegas carlistas que diezmaron campos y familias. Los guerrilleros locales y Ramón Cabrera (el temido "Tigre del Maestrazgo") legaron, eso sí, vividas estampas de crueldad y heroísmo que todavía se relatan.

HAY UNA VIRGEN DE LA "Sainte Baume" en Marsella. "Balma": cueva, cavidad, abrigo en la roca. El áspero dédalo de barrancos y muelas del Maestrazgo está socavado de esas cavidades parietales, breves abrigos en los que los hombres del neolítico pintaron estilizadas figuras hace nueve mil años. Corretearon luego los ásperos beribrases, los iberos ilercavones de Lésera y Bisgargis. Amílcar Barca, el cartaginés, murió ahí abajo, en el Bergantes, y por ahí cruzó Roma. Y el cristianismo.

Desde la cornisa de La Balma, el río aparece seco como nunca, un guijarral blanco de cantos rodados y trilobites fósiles. Ya no hay riesgo de ahogarse, no habrá exvoto por eso. El aire, inmóvil. El sol de la tarde. Nadie. Silencio. No. Hay alguien dentro, en el santuario. ¿Hola? Es un joven. Descalzo, con las palmas de las manos en el cielo de roca: cargándose de la energía de la tierra, dice. Telúrica, dice. La fuerza está en la cueva y la Virgen es para vestirla, para cristianizarla, dice.

EN JACA SE GUARDA EL esqueleto de santa Orosia, a cuya procesión acudían también los posesos a principios de siglo. En la catedral les mostraban cruces e imágenes, y —escribía el folklorista José María Iribarren— "era de verlos retorcerse y hacer visajes. También les anudaban a los dedos unos cordoncillos. Sostenía la gente que cuando los enfermos rompían los cordeles, era señal de que los demonios acababan de abandonarlos". Viejísimas tradición: los judíos ataban los mismos lazos en los dedos a los que iban a exorcizar. Lo recoge san Justino en su "Diálogo contra Tritón", en el siglo II de nuestra era: se trataba de que el Maligno no saliera por la boca, los ojos o los oídos, pues eso podría dejar mudo, ciego o sordo al pobre poseso.

MORELLA, ALTIVA EN SU MOLE, tiene su propia y sexenal Virgen, la de Vallvana. Forcall —con el horno medieval más antiguo de Europa en activo— tiene la suya, la Consolacioneta, y Herbés la del Sargar, y... Cada pueblo tiene en este país su Virgen. Cada diez kilómetros, una madre de Dios. Algún escritor (protestante, "of course") ha dicho por ello que España es pagana.

El joven se calza ya las zapatillas y habla de Ishtar, de Isis, de Rhea, de Tanit, de Astarté, de Venus... Habla de matriarcado, de la Diosa Blanca, de la luna (¿no es la luna la peana de la Virgen?) y del ciclo menstrual. De la Gran Madre, Mater de la materia. La Tierra morena-moreneta que regala el fruto bendito de su vientre. Grecia, en Eleusis, celebraba la fertilidad en Ceres, esa diosa de la espiga. La fiesta era cuando asomaba sobre el horizonte cierta estrella que señalaba el momento de la siembra del cereal. La estrella era la Spica (espiga). En la constelación de Virgo (Virgen). Era el 8 de septiembre. ¡El 8 de septiembre! Qué vértigo. Hay que tomarse otra cerveza —por Ceres— con Ángel.

EN SUS TRECE AÑOS AQUÍ, Ángel no ha visto de cerca a ningún poseso, que él sepa.

—Pero sí he oído a gente. Todavía vienen viejecitos que recuerdan aún aquello. Personas mayores, de 70 años, que cuentan que venían aquí de niños con sus padres, en el carro. Y si se acuerdan de los posesos.

A Ángel y Consuelo no les infunde inquietud alguna todo eso, ni siquiera durante las larguísimas noches de invierno en lugar tan solitario.

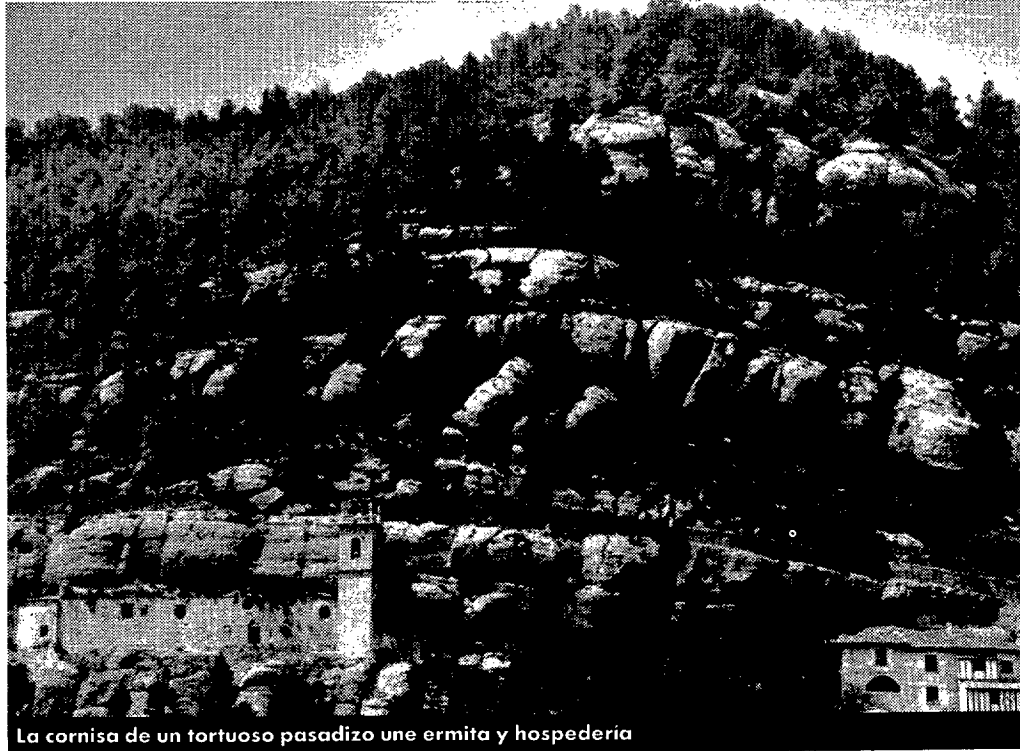
—No te irías nunca a dormir. Es cuando se está mejor —suspira Consuelo.

Se va el sol tras los montes de ceniza. En nuestro coche, una postalita de la Virgen de La Balma. ●

Próxima entrega: "La isla de piedra"



Consuelo mantiene pulcro el solitario enclave



La cornisa de un tortuoso pasadizo une ermita y hospedería